desempeñan gran papel los apuntes litografiados, que tienen un precio muy alto, ó el profesor taquigrafía sus lecciones para luego preguntarlas en los exámenes». En otro lugar, con motivo de los exámenes de Estado, dice Paulsen, «son desagradables y perjudiciales para examinandos y examinadores; coartan la libertad de estudios científicos, conducen á los repasos y compendios, etc». «En mi Universidad de Oxford, decía el maestro y filólogo inglés M. Müller, el plan de estudio ha acabado, el joven no piensa sino en el examen». «El ilustre historiador Freeman, dice que el examen ha llegado á ser fundamental de la vida escolar, una especie de deporte, sólo que dirigido, no á desarrollar, sino á atormentar el discípulo, al cual no se le pide ya que aprenda cosa alguna en realidad, sino que la retenga en la memoria hasta que se le pregunte en el gran día». Agrega Freeman, hablando de las Universidades: «La Universidad es hoy un cuerpo cuyos miembros se ocupan, no en estudios, sino en examinar, ó ser examinados, con los necesarios intervalos para prepararse á ellos y para olvidar todo cuanto pasa. El atiborramiento cuantitativo de pormenores organizados, reemplaza á la dirección científica y pedagógica del maestro, para los estudios personales del discípulo».

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

Terminará el próximo número.

PÁGINAS LITERARIAS

Los Camellos

Lo triste es así... — PETER ALTENBERG

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
á grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse y luego
el soñoliento avance de sus bellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso geroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
—"Amamos la fatiga con inquietud secreta..."
Y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.